Un lunes muy temprano comenzó *su* indagación: estudiantes de primer año de Filología Clásica recibían el encargo de rastrear las fuentes, las ediciones que siempre nos preceden, tantear las sombras en una biblioteca cuyos secretos contornos amenazan con hacernos resbalar en el tiempo hasta un pasado remoto e irreparable… Pero ¿es que aquella mañana de principios de curso, hace sólo unos pocos meses, no os parece hoy infinitamente más distante que estos versos, que nos hablan como si el poeta los hubiera escandido anoche mismo, a la luz última de una lucerna?

Ello podría deberse a un hecho rarísimo: el infrecuente, feliz matrimonio de cultura y vida. Pues, como sugiere el docto Garmendia, eso que suele denominarse “vida cultural” a menudo ni es cultural… ¡ni es vida! Todo lo contrario sucede con la poesía de Ovidio: la vida sí que late en sus versos y éstos, como impulsados por el vaticinio que culmina las *Metamorfosis* (*Vivam!*), palpitan animados todavía –en un siglo como éste infestado de caricatos que se hacen llamar influentes– por la gracia del instante, y tienen algo “que ni la ira de Júpiter ni el fuego ni el hierro ni la voraz vejez podrá abolir”, un no sé qué genuino que entusiasma aún a muchachas y a viejos por igual. Y seguimos entonces disfrutándolo, compartiendo el gusto de volver a leerlo y traducirlo.

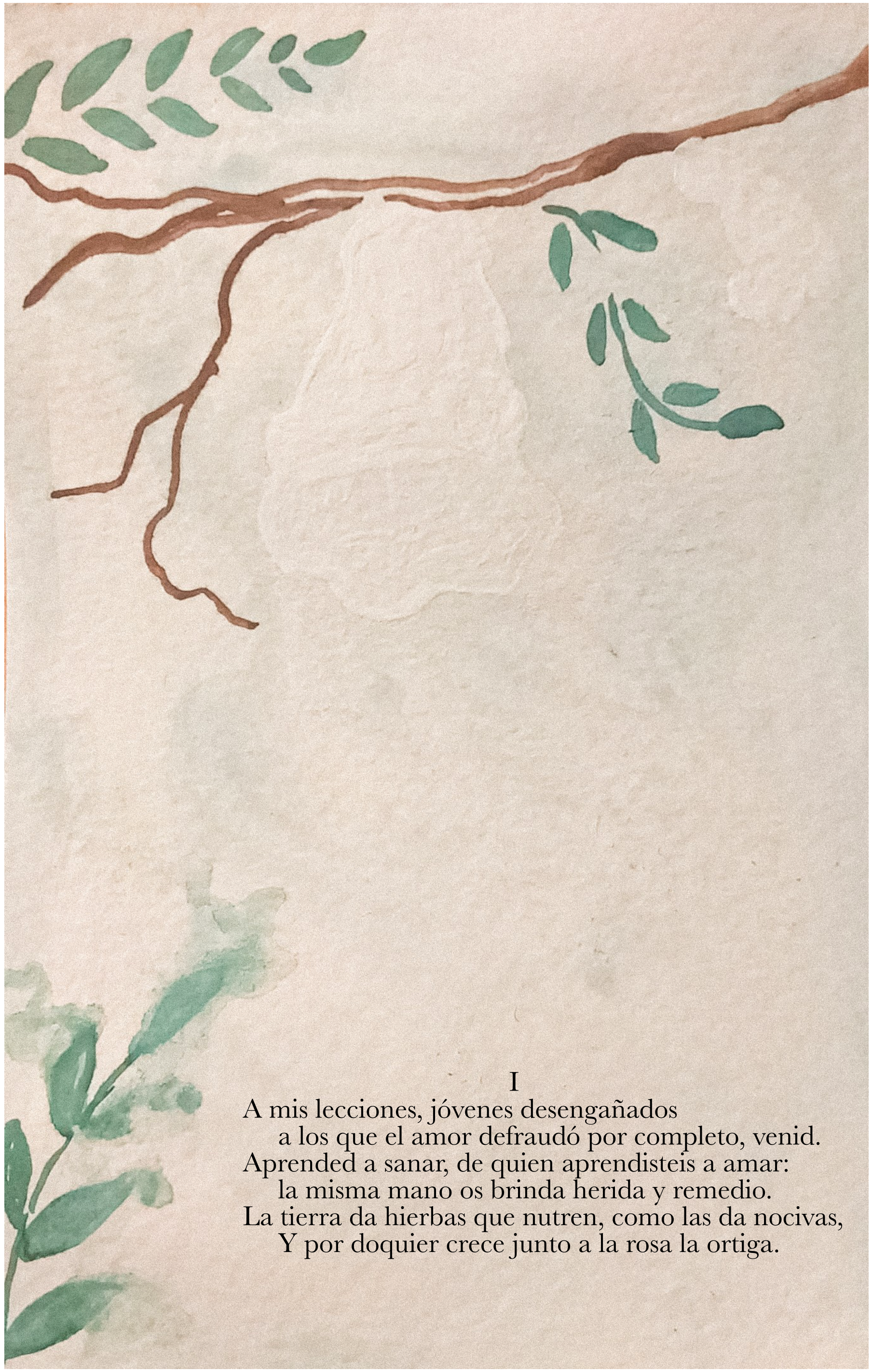
No sería justo olvidar aquí la visita del profesor Socas en un “paseo ovidiano” guiado por Jorge García Pousada, que nos condujo por las entrañas de la Biblioteca, por pasadizos de la antigua Fábrica de Tabacos de Sevilla, hasta las más antiguas ediciones de Ovidio allí atesoradas, para pasmo de un selecto grupo de estudiantes que hasta ese día tenían por cierto y estudiado que el poeta yacía a muchos kilómetros y dos mil años de distancia, a orillas del Ponto Euxino donde fuera desterrado… En aquel selecto grupo se contaban quienes han traducido y dado a la imprenta esta apuradísima antología de versos ovidianos y que son, en orden alfabético: Emma Fernández Artiles, Esther Flores Romero, Lucía Garrido Aparicio, Rubén Labrador González, Claudia Ménguez Fernández, Andrea Morales Román, Leire Pacho Hernández, Alba Paradas Ruiz, María Quintana Muela, Esther María Repullo Cordero, Ana Rivero Sampelayo, Azahara Rodríguez Romero de la Osa, Mireya Saldaña Sánchez, Carmen Suárez Castilla y Esperanza Terriza Mateos. A los pinceles, Isabel Rocío Salas González.

AMC

Los fragmentos traducidos se corresponden con los siguientes pasajes: I: *Remedios de amor* 41-46; II: *Arte de amar* 1.1-10; III: *Tristezas* 2.1.353-360; IV: *Heroidas* 15.1-8; V: *Metamorfosis* 1.5-9; VI: *Remedios de amor* 361-370; VII: *Arte de amar* 3.59-64; VIII: *Amores* 2.6.1-10; IX: *Metamorfosis* 1.700-707; X: *Tristezas* 3.7.1-10. El loro que se asoma proviene del magnífico concierto de aves de Frans Snyders en el Prado. Nuestras clases dedicadas al poeta de Sulmona, por último, no pueden imaginarse sin buena música, y por eso les ofrecemos este enlace a nuestra lista de Spotify:

la piedra lunar

OVIDIANAS



I

A mis lecciones, jóvenes desengañados
    a los que el amor defraudó por completo, venid.
Aprended a sanar, de quien aprendisteis a amar:
    la misma mano os brinda herida y remedio.
La tierra da hierbas que nutren, como las da nocivas,
    Y por doquier crece junto a la rosa la ortiga.

II

Si hay quien ignore en este pueblo el arte de amar,
que lea esto e instruido tras leer el poema, ame.
Por el arte se mueven veloces a vela y remo las naves,
por el arte los ligeros carros: por el arte el Amor ha de ser gobernado.
Automedonte era diestro con los carros de flexibles riendas,
Tifis era el capitán de la popa Hemonia:
Venus me puso al frente del tierno Amor como maestro;
me podéis llamar el Tifis y el Automedonte del Amor.
Es salvaje, sin duda, y dispuesto una y otra vez a rechazarme:
pero es un niño, edad delicada y maleable.

III

Créeme, mis costumbres distan mucho de mi poesía
(mi vida es recta, mi Musa burlona),
y gran parte de mi obra es falsa y fingida:
se ha tomado más libertades que el propio poeta.
Mi libro no es expresión de mi espíritu, sino el inocente afán
de ofrecer muchos temas que consigan deleitar los oídos.
Accio sería atroz, Terencio sería un parásito,
quienes cantan fieros combates serían belicosos.

IV

¿Acaso en cuanto viste la letra de una mano experta
enseguida fue reconocida por tus ojos como mía?
¿O si no hubieras leído el nombre de su autora, Safo,
no habrías sabido de dónde procede esta breve carta?
Y tal vez te preguntes por qué escribo en dísticos
cuando soy más versada en ritmos líricos.
Mi amor debe ser llorado; la elegía se presta al llanto:
no hay lira que se amolde a mis lágrimas.

V

Antes del mar y de las tierras y del cielo que todo lo cubre
la apariencia de la naturaleza era una en el mundo,
a la que llamaron Caos; vasta y desordenada mole
y no otra cosa que peso inerte y amontonadas allí
discordes semillas de cosas no bien armadas.

VI

Hace poco algunos difamaron mis libritos,
pues, según ellos, mi Musa es indecente.
Con tal de que guste, de que se me cante en todo el mundo,
que critiquen –ése, aquél, cualquiera– mi obra.
Tu envidia desprecia el genio del gran Homero;
pero gracias a él, Zoilo, seas quien seas, gozas de renombre.

Y sacrílegas lenguas ultrajaron los poemas
de quien trajo de Troya los dioses vencidos.
La envidia anhela las alturas, zarandea el viento lo más elevado,
los rayos lanzados por la diestra de Júpiter atacan la cima.

VII

Tened ya presente la vejez venidera:
así ningún tiempo se os pasará en balde.
Mientras esté permitido, y aún contéis primaveras,
disfrutad: los años se van como agua que fluye.
Ni la ola que huyó ha de volver jamás,
ni la hora que pasó va a regresar.

VIII

El loro, ave imitadora de las Indias albóreas,
ha muerto: ¡venid aves en bandada a sus exequias!
¡Acudid, piadosas aves, golpeaos el pecho con las alas
y arañaos las tiernas mejillas con rígidas garras!
¡En lugar de miserables cabellos, arrancaos las erizadas plumas,
y que vuestros trinos resuenen en lugar de la larga tuba!
El crimen que lamentas, Filomela, del tirano de Ísmaro,
ese lamento ya se consumió con el tiempo.
Vuelve ahora a la lamentable muerte de esta ave única;
inmensa pero antigua causa de dolor es Itis.

IX

…y despreciadas las súplicas huyó la ninfa por espesuras
hasta que llegó a la plácida corriente del arenoso Ladón:
aquí ella ruega a sus hermanas transparentes que la transformen
al ver su carrera impedida por las aguas,
y Pan, cuando ya consideraba a Siringa su presa,
en lugar del cuerpo de la ninfa, sostenía cañas de pantano,
y mientras allí suspiraba, los vientos dentro de la caña
produjeron un sonido suave y semejante a la queja.

X

Ve a saludar a Perila, carta escrita de improviso,
fiel depositaria de mi pensamiento.
Bien la encontrarás sentada junto a su dulce madre,
bien entre sus libros y sus Piérides.
En cuanto sepa que has llegado dejará lo que esté haciendo,
te preguntará sin demora a qué vienes y qué es lo que hago.
Le dirás que sigo vivo, pero de tal manera que preferiría no vivir,
y que nuestros pesares no se han visto aliviados después de tanto tiempo.
Y que, sin embargo, a las Musas volví, por más que me dañaran,
y que reúno en pies alternos las palabras adecuadas.